

Volumen XVIII.—Julio 1.º de 1923.—Número 176.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la^a dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXIII

CONTENIDO

Pío XI y Santo Tomás de Aquino.	
El gran poeta del siglo de oro de España, Fray Luis de León.	Abate A. LUGAN
La leyenda de los siete durmientes	MAURICE MAINDRON
Actos oficiales.	
Canto a la Bordadita .	MANUEL JOSÉ FORERO
«Duc in altum»....	R. A. DE AZCARATE Y RIVERA
Superbia vitae.....	G. ATUESTA
El nuevo elemento....	A. M. BARRIGA VILLALBA
Un industrial defiende los estudios clásicos	(Traducción de <i>La Crónica</i>).

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio 1.º de 1923

PIO XI

Y SANTO TOMAS DE AQUINO

El domingo 18 de marzo Su Santidad se dignó recibir en audiencia especial a las personas que pertenecen a la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino.

En la Sala Ducal, con el secretario del Consejo de la Presidencia, Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor Prof. Salvador Talamo, se encontraban reunidos numerosos académicos y los alumnos de los cursos de la Academia.

El Padre Santo llegó acompañado de su noble corte y de los Cardenales que componen el Consejo de Presidencia de la Academia, Eminentísimos Bisleti, Billot y Lega.

Apenas se hubo sentado en el trono el Padre Santo, el Eminentísimo Cardenal Bisleti, acercándose a la Sagrada persona de Su Santidad, leyó un breve y hermoso discurso en que presentó al Soberano Pontífice el saludo de la Academia, recordó el origen de este instituto, se alegró de ver que Pío XI continuaba la gloriosa tradición de los tres inmediatos gloriosos predecesores suyos e imploró la bendición apostólica.

El Padre Santo se dignó responder con el siguiente discurso:

«Hé aquí una hora de verdadero regocijo para Nós, una hora de verdadero consuelo que nos obliga a daros gracias de todo corazón a vos, Eminentísimo Cardenal Presidente, a vuestros eminentísimos colegas y a todos los académicos, profesores y alumnos de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino.

Es hora de regocijo porque basta verdaderamente la memoria, el nombre de Santo Tomás de Aquino para producirlo, principalmente cuando aquella memoria y aquel nombre se personifican en una tan alta institución, en una entidad tan distinguida como es esta Pontificia Academia, y todavía más cuando la Academia y sus sentimientos han sido tan hermosa, tan lúcida y tan afectuosamente traducidos e interpretados como lo fueron en estos momentos por las palabras del Eminentísimo Cardenal Presidente. Basta todo eso para trasportarnos como por encanto a un ambiente, todo luz y esplendor de verdad, luz y esplendor que el primer canonizador de Santo Tomás, Dante Alighieri veía y mostraba cuando hablaba de la «luz intelectual llena de amor—amor del verdadero bien lleno de alegría—alegría que sobrepuja toda dulzura.»

La doctrina de Santo Tomás es luz que descende de Dios y vuelve a subir a Dios. Verdaderamente en este hombre de quien virtud y doctrina—como se ha dicho muy bien—hicieron el más docto entre los santos y el más santo entre los doctos, quiso la Sabiduría infinita estampar huella suya mayor y encender, reflejado, uno de los rayos más fúlgidos de su gloria inmortal.

Tal rayo debía ser Tomás y tal fue en la admirable transparencia de su palabra. El supo hacer brillar en todas partes su rayo y hacerlo bajar sobre todo el inmenso campo de lo creado y de lo conocible, del ente

y de la verdad, haciéndolo culminar y como resumiéndolo en las dos maravillosas Sumas—la Suma Teológica, y la Suma contra Gentiles—las cuales desde hace cuarenta años oíamos describir y calificar admirablemente. No sabemos si Monseñor Talamo se acuerda de una conferencia que entonces Nós mismo escuchábamos sobre este mismo argumento. El nos hablaba de las dos sumas y nos decía que una de ellas nos muestra el cielo visto de la tierra, y la otra la tierra vista del cielo.

Fue, pues, Tomás luz verdaderamente digna del Dios que las suscitaba. No es raro, pues, que la Iglesia haya hecho suya esta luz y se haya adornado con ella y haya ilustrado con ella su doctrina inmortal, tanto más que aquella luz le venía del corazón mismo de Dios, de aquel manantial de verdadera ciencia que son las llagas del Crucificado, en las cuales declaraba precisamente Santo Tomás que la había tomado. No es raro que todos los papas hayan competido noblemente en exaltarlo, proponerlo, inculcarlo, como modelo, maestro, doctor, patrono y protector de todas las escuelas. No es raro que Santo Tomás, como todos los grandes institutos tiene su bulario, bulario magnífico que por sí solo bastaría para constituir, por decir así, la columna vertebral de su gloria póstuma.

Lo que vos, Eminentísimo Presidente, habéis querido evocar de nuestros ya lejanos años juveniles, nos toca de modo particularmente grato y consolador el corazón. Es cierto. Cuando Nós en los primeros meses de nuestro Pontificado, al cual la Divina Providencia, aunque indignos, nos había llamado, dirigíamos la palabra en vuestra persona a todos los estudiosos, exaltando una vez más a Santo Tomás y su doctrina, no hacíamos más que obedecer a aquello que hacía tanto tiempo sentíamos en el fondo de nuestro corazón y

había sido parte tan importante de nuestros estudios.

El diploma al cual ha querido aludir tan devota y tan filialmente referirse Vuestra Eminencia, lleva la fecha del 26 de julio de 1882.

Tántos años han pasado desde entonces!

Pero ya antes de entonces la dulce y luminosa figura de Santo Tomás y la inspiración purísima de su santa vida—lo decimos hablando con toda la confianza del padre para con sus hijos—habían sonreído a nuestros más juveniles estudios, casi diríamos a los estudios de nuestra niñez. Y el corazón se nos llena de la más santa alegría, cuando pensamos en aquellas nuestras primeras relaciones con la Academia de Santo Tomás que estaba entonces en sus primeras jornadas, en sus primeros trabajos.

Torno a ver—y viéndolos me entusiasmo dentro mí mismo—con el afecto filial de reverencia de aquellos días las hermosas figuras de los Cardenales presidentes, aquellas figuras que llevan los fúlgidos nombres de los Cardenales Pecci y Zigliara. Eran nuestros examinadores—y recordamos sus nombres no sólo con veneración, sino también con verdadero reconocimiento, porque debemos mucho a su liberalidad magnífica de maestros y a su benignidad de jueces—a los ilustres padres Liberatore, Cornoldi, Mazzella, y a los profesores Lorencelli y Satolli, después cardenales.

Y era secretario de la Comisión que juzgaba Monseñor Talamo aquí presente, verdadera vestal del sacro fuego y faro luminoso que en la Academia de Santo Tomás quiso encender León XIII con impulso genial en esta santa y grande Roma; Monseñor Talamo al cual los comienzos penosos y gloriosos de la Academia de Santo Tomás, deben cuanto ninguno de vosotros puede recordar como Nós, y que todavía después de tántos

y tan provechosos años de actividad, se afana tánto por ella.

Nos sentimos, pues muy contentos de ver surgir delante de Nós una tan hermosa y afectuosa solemnidad de recuerdos que nos confirma en la voluntad ya por Nós manifestada.

Sí, Eminencia, Nós caminaremos, en cuanto Dios no lo conceda, sobre las huellas de nuestros predecesores, y no haremos más que seguir la que fue una de las aspiraciones más bellas y sentidas de toda nuestra vida, recomendando siempre a los verdaderos amigos de la fe y de la ciencia, de la verdad natural y de la verdad revelada, que se mantengan fieles a Santo Tomás y a su doctrina.

Hablamos al principio del verdadero regocijo y del verdadero consuelo que nos proporciona vuestra presencia. Os he dicho ya del regocijo y vosotros habéis podido entender y adivinar nuestro ánimo mejor de lo que Nós hemos podido expresarlo. Pero no menos verdadero y oportuno es el consuelo que nos dáis.

Sí, hijos amadísimos, nos encontramos en la brillante luz de Santo Tomás de Aquino, al día siguiente de aquel en que en esta Roma «por la cual Cristo es romano» se ha tenido el no feliz pensamiento de tributar inmerecido honor y gloria a un hombre, al cual propiamente nada debía esta Italia nuestra, ni siquiera por méritos literarios y científicos ya debidamente discutidos y juzgados por los especialistas, y cuyo nombre no puede menos de evocar la blasfemia contra Jesucristo, su divinidad y su vida; blasfemia que propiamente le daba extendida fama ante el gran público. Muy oportunamente mientras se tributan inmerecidos honores a aquella ciencia que por los verdaderos sabios ha sido juzgada falsa, superficial e impía, habéis venido vosotros a rendir homenaje a la ciencia verdadera

ciencia que de Cristo se deriva y que a Cristo conduce. Mientras inmerecidos honores se tributan a quien no tuvo, como hubo de hacer notar un Príncipe de la Iglesia, ni siquiera el mérito de los debidos respetos a su país y a su nación, venís vosotros a rendir honor a la verdadera ciencia que se inclina delante del altar, delante del Dios de la sabiduría y no busca otra cosa sino recoger de todo lo creado real e ideal, natural y sobrenatural, la armonía magnífica y continua que Dios mismo ha recelado en ello en misteriosas notas, de manera de poder constituir el cántico de la verdad, el cántico de la fe, el cántico al Dios de las ciencias, al Dios creador, revelador y salvador.

Os doy gracias por esto del consuelo que en un momento tan oportuno y con un sentimiento tan edificante, habéis venido a traernos, y nos complacemos en confiaros el propósito de celebrar solemnemente el próximo centenario de la canonización de Santo Tomás de Aquino. No lo celebraremos propiamente en el día aniversario, porque como ocurre en el mes de julio, nuestros caros estudiantes de las diversas corporaciones docentes estarán dispersos en sus países; pero lo celebraremos cuando estén reunidos nuevamente en Roma, a su regreso. Celebraremos este centenario dando gloria a Dios, dándole gracias por habernos dado en Santo Tomás de Aquino una tan hermosa y tan vasta revelación de su infinita belleza, de los infinitos esplendores de la sabiduría que es El mismo. Nos edificaremos con los ejemplos de aquel Grande, suscitado por Dios y que de Dios no apartó jamás su mirada, dedicando toda su vida a la gloria de la Iglesia de Dios. Pensamos también dedicarle—también queremos deciros esto porque la presente es una hora de confidencias—la medalla anual en la cual queremos que se represente, en la medida que la brevedad del campo lo consienta, la gloria

póstuma de Santo Tomás de Aquino, desde aquella primera anticipada canonización que Dante hizo de él, antes que Juan XXII la proclamase oficialmente, hasta León XIII que de Santo Tomás, ya llamado doctor Angélico por San Pío V, hizo el patrono, el protector, el ángel verdadero y propio de todas las escuelas.»

Terminado el discurso, el Padre Santo impartió la bendición apostólica, y luégo, después de haberse detenido algún tiempo con los académicos, dirigiendo a todos palabras benévolas, volvió a sus apartamentos privados.

EL GRAN POETA DEL SIGLO DE ORO DE ESPAÑA, FRAY LUIS DE LEON

(Traducido por el doctor Francisco M. Renjifo)

(Continuación)

Desde 1550 le hallamos como profesor de diferentes materias en las diversas casas de su orden, en Salamanca, en Soria (1557), en Alcalá y en Valladolid. No permanece sino seis meses en Soria y otro tanto en Valladolid, a donde se cree fue a pasar los exámenes. Más larga fue su permanencia en Alcalá, donde duró diez y ocho meses (1556-1557). Enseñó allí siguiendo el curso de teología del dominico Mancio de Corpus Christi y los de Sagrada Escritura de un monje muy sabio, el cisterciense Cipriano de la Huerga, versadísimo en las lenguas orientales.

Terminados sus estudios, que habían durado nueve años, Luis de León, alentado por sus superiores que han notado su mérito, trabaja por conquistar los grados teológicos que le permitirán ocupar una cátedra en la famosa Universidad. En 1558 es recibido bachiller